



Estimados antiguos alumnos:

El año comienza a concluir. Y con ello se avecinan las despedidas y las fiestas. Una repetición ritual nos sitúa año tras año en una dinámica semejante.

¿Termina un año más? ¿Ha habido algo que lo hiciera más valioso?

Ustedes son antiguos alumnos de la Universidad Católica. En su paso por nuestras aulas han aprendido más que una ciencia. Han adquirido un modo de mirar la vida y de mirar al ser humano, como persona.

Por lo tanto ustedes son conscientes de que —como enseña San Ignacio de Loyola— las cosas —la profesión, por ejemplo— sirven para ayudarnos a cumplir con nuestro fin en la vida. Y ese fin es amar y servir en todo. Amar y servir a las personas y de esa manera servir a Dios en lo que hacemos. Toda profesión, desde la óptica de nuestra Universidad, debe servir para humanizar el mundo, para hacerlo por eso mismo un lugar más "sagrado".

Porque desde que Dios se hizo hombre, como celebraremos los cristianos en Navidad, la humanidad cada ser humano, la historia humana es el templo vivo de Dios. Ya no existe más lo profano. La historia humana es sagrada. Sus historias son sagradas. Ustedes son ese templo de Dios, sus prójimos son ese templo. Sean ustedes quienes sean, tengan la biografía personal que sea, piensen o hayan pensado y hecho lo que fuera, son sagrados, son templo. Son seres humanos.

En la antigüedad se distinguía entre lugares sagrados y lugares profanos. Los templos eran esos lugares sagrados; lo demás, lo de fuera era profano. Hoy, decimos los cristianos, no es más así. Lo sagrado es el ser humano y la opción ética en la vida es entre lo profundamente humano y lo inhumano.

Este título que ustedes han recibido en nuestra Universidad hace más o menos años, y que han jurado honrar es sagrado, porque es un logro profundamente humano, conseguido con esfuerzo legítimo, a costa de alegrías y esperanzas reales, a veces con lágrimas humanas. Y lo que ustedes pueden hacer con él es algo profundamente humano: humanizar el mundo, haciendo lo correcto, sensibilizándose con los otros, comprometiéndose con la vida y con los problemas de sus semejantes, trabajando por una sociedad más equitativa; o —por el contrario— pueden ser agentes de deshumanización, exclusión, insolidaridad.

Ser humanizadores del mundo o agentes de deshumanización. Así de seria es la opción. Podrá luego ponersele todos los matices que se quiera, pero de eso se trata.

A veces ocurre que al hacer nuestros recuentos y balances finales, no siempre hay lugar para las preguntas fundamentales.

Sería bueno preguntarnos: ¿este año ha servido para hacerlos más personas? ¿Han hecho mejores personas a los que los rodean? ¿Han humanizado el mundo un poco más con lo que han hecho?

Si es así, entonces el año —más allá de los avatares que hayan ocurrido— tendrá un balance positivo y habrá valido la pena.

Que Dios los bendiga.

P. Lic. Rafael Velasco, sj
Rector - UCC